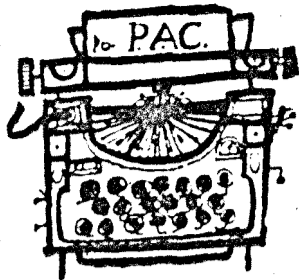


Escrito a máquina

a y espíritu
no responder
ello de
sro tiempo?



A nosotros nos está llegando la tecnificación casi un siglo de retraso. Esta desventaja — puede designarse con el nombre de “sub-desarrollo” — puede convertirse en un hecho favorable si sabemos experimentar en cabeza ajena y evitar aquellos males que el desarrollo de la técnica y la introducción del maquinismo y de la especialización produjeron en los países que nosotros llamamos “adelantados”. En otras palabras: los países subdesarrollados pudiéramos ser las verdaderas reservas de la Cultura de Occidente en orden a un replanteamiento de las grandes experiencias sociales, económicas y científicas de nuestra época, adoptando de ellas lo provechoso, pero evitando sus daños y rescatando los grandes valores espirituales que están siendo triturados o que están mal parados en esos países que nos anteceden y cuya historia está aún fresca para su estudio y ejemplo.

Cuando en Estados Unidos y en otros países comenzó a usar la máquina en el campo, la falta de experiencia de los agricultores y el abuso de potencia mecánica produjo desastres en la erosión del suelo. Zonas muy ricas se convirtieron en estériles. Luego se rectificó el sistema y se tomaron medidas técnicas para evitar la erosión. Sería un error que nosotros, al mecanizar la agricultura, fuéramos dando el primer paso —el destructivo— sin conocer el segundo—; el rectificador. Pues, si en este orden práctico a nadie se le escapa la conveniencia de experimentar en cabeza ajena, en el orden superior de lo humano son muy pocos los que se preocupan por realizar la misma operación. Cerramos los ojos y nos entregamos al camino de nuestras estructuras sin pensar que también en ese campo se produjeron —en esos países “adelantados”— terribles erosiones espirituales que nosotros, en vez de esquivar, vamos también a sufrir por falta de previsión, sin tener las reservas o riquezas que otros tuvieron para su defensa.

No. No estamos contra la técnica. Al contrario, queremos su pleno desarrollo pero INTEGRAL y armonizado dentro del cuadro total de lo humano y no sólo respetando sino robusteciendo la diosincracia nicaragüense.

Pero, como nos hemos atrasado en el aspecto técnico-científico, existe entre nosotros una actitud, bastante diletante, de menospreciar todos los valores (los verdaderamente esenciales) — como si hubiéramos exagerado su cultivo! — para sólo valorar y dar cabida en nuestros planes de desarrollo al progreso material. Sin embargo, oímos en todo Occidente la voz de sus pensadores que nos advierten a tiempo. “Nosotros pensamos como dice Danielou — que aquello que hace falta a nuestro tiempo para encontrar su equilibrio, no es el equipo técnico, que se ha desarrollado más que en Europa (HABLA UN EUROPEO!), sino el espíritu interior, sin el cual el pueblo mejor equipado técnicamente no deja de ser un pueblo bárbaro. Esto no significa que despreciemos la importancia de la técnica, pero no es posible pedirle a la técnica que no puede dar. Ella puede modificar la estructura económica de la existencia humana. Pero en última instancia son los valores espirituales los que sirven para juzgar la cualidad de una civilización”.

Una civilización se define ante todo por su respeto al hombre y a su dignidad.

Hay una vieja página de Ortega y Gasset en su libro ‘Rebelión de las Masas’ que debiéramos leer y releer en esta encrucijada nicaragüense. “Cuando en 1890 toma el mando intelectual de Europa una generación técnica —dice Ortega— nos encontramos con un tipo de científico sin ejemplo en la historia. Es un hombre que, de todo lo que hay que saber para ser un personaje discreto, conoce sólo una ciencia determinada, y aún de esa ciencia sólo conoce bien la pequeña porción en que él es activo investigador. Y llega a proclamar como una virtud no enterarse de cuanto queda fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva. Esta es la situación íntima del especialista que ha llegado a su máxima genética exageración. El especialista sabe muy bien su mínimo rincón de universo, pero ignora la dimensión de todo el resto”

¿Vamos nosotros a desintegrar la unidad nacional de eso que apenas comienza a llamarse “cultura nicaragüense”, cayendo en el mismo vicio y entregando el desarrollo de Nicaragua a visiones y fragmentamientos parciales, que “deshumanicen” a nuestro pueblo haciéndolo, más eficiente en ciertas técnicas, pero bárbaro en conjunto, cuando no preparado para la vida del espíritu?

Es en la educación donde tenemos el instrumento máximo para evitar esa desintegración, ese desvío desastroso en nuestro avance como pueblo. Como nación con una personalidad cultural que debe defender y robustecer. Una educación humanista que enseñe al hombre nicaragüense —desde su más tierna infancia— a no perder contacto con las demás partes del todo para el cual trabaja y por el cual “es”.

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

Pero la experiencia —hasta hoy día— más bien nos denuncia (en el orden educacional) un desvío creciente en la persecución de ese objetivo. Nos hemos planteado hasta hoy los problemas educacionales con ese parcialismo del técnico que olvida la obra fundamental y de conjunto. Olvidamos que hay que formar “personas” y que la personalidad se nutre sobre todo de alimentos espirituales. Olvidamos que hay que desarrollar y nutrir también la otra personalidad comunal — la “nacionalidad”— y olvidamos que PERSONALIDAD y NACIONALIDAD tienen que responder al reto de un nuevo tiempo y salvar su integridad en su respuesta a ese reto.

Es necesario afrontar estas realidades propias sin el complejo del “sub-desarrollado” quien, con tal de avanzar, se abre locamente a todo y se lanza por cualquier camino, aunque sea para caer en los abismos de donde otros vienen saliendo. . .

PABLO ANTONIO CUADRA.